

En vida y en la muerte, quiso Felipe II loar al Señor. Su preocupación por las construcciones de templos para albergar en ellos a Jesús Sacramentado se extendió hasta las Indias. No sabemos si Santa Teresa copió de este monarca el celo por la multiplicación de los sagrarios, o fué Felipe II quien imitó a la Santa Castellana en su afán de compensar el desgarre de los pueblos separados de Roma por el protestantismo.

Terminadas las tareas del Santo Concilio de Trento, Felipe II mandó publicar numerosos decretos encaminados a exaltar el Sacramento del Amor, de donde singularmente arrancan las más espléndidas manifestaciones populares de la festividad del Corpus español. En idéntico sentido expresaron su encendido amor a la Sagrada Eucaristía los sucesivos monarcas de la dinastía austriaca, singularmente Felipe III y Felipe IV, ambos decididos amantes del Misterio de la Inmaculada.

De esta forma, en la España teologal de nuestros siglos dorados ninguna fiesta fué comparable a la del Corpus o día del Señor, como se le llamaba en lenguaje vernacular.

En este día feliz, calles y plazas, profusamente adornadas, parecían que gozaban de privilegios de catedral, de fueros de palacio y honores del cielo. Era como si la Iglesia militante y la triunfante se juntaran cada año una vez en nuestra Patria para proclamar la soberanía de Jesús Sacramentado. En ella tomaban parte, del rey al último vasallo, porque representaba el triunfo de la fe católica frente a las herejías reinantes, y porque España, siempre ha sido, y lo es ahora, la nación más eucarística de la tierra.

Renovemos las viejas esencias de nuestra Patria en este fúlgido y memorable día del Corpus, reforzando la unidad de la fe católica y el más encendido amor al Sacramento de la Eucaristía y al apasionante Misterio de María Inmaculada, los dos ejes alrededor de los que siempre ha girando nuestra historia gloriosa e incomparable.



RECORDANDO LA COLEGIATA

DE SANTILLANA DEL MAR

(LUZ DEL SUEÑO)

Cuando me busco los recuerdos
el alma mía me sorprende

con un dorado y dulce tiempo
lleno de días y de siempres.

Hojas que van, días que caen
en mi sangre constantemente.

Un calendario de paisajes
donde el momento se nos muere.

Cuando regreso es que despierto
y un nuevo sol toca mi frente.

Matando sueños hiero noches:
por esa herida la luz viene.

JESUS DELGADO VALHONDO